EL VIII PREMIO "MENÉNDEZ Y PELAYO"

PREMIO «MENÉNDEZ Y PELAYO» A FERNANDO LÁZARO CARRETER

Laudatio pronunciada en el acto de entrega del VIII Premio «Menéndez y Pelayo» al profesor Fernando Lázaro Carreter. Santander, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, 18 de julio de 1994.

Excmo. y Mgfco. Sr. Rector, Excmas. Autoridades, Sras. y Sres.:

El que una Universidad conceda un Premio a un científico de mérito relevante honra, por supuesto, al designado, pero honra también a la Universidad.

Y para quien corresponde justificar públicamente la designación, constituye también ocasión de alegría. Mucho más si, como en este caso, junto a la admiración científica, concurren historia personal en parte común y amistad honda.

Tengo aquí escrito un breve «curriculum» de Fernando Lázaro Carreter, con los datos fundamentales de su carrera universitaria y una larga lista de honores que le han sido otorgados. No la leo porque el tiempo de que dispongo es poco. Pero, como pueden imaginar, no son méritos ni distinciones lo que le falta. Fernando Lázaro es uno de los más firmes valores intelectuales y científicos con que cuenta España. Sus campos fundamentales de trabajo, son los estudios lingüísticos y literarios. En ambos ha publicado obras fundamentales.

De la cualidad tosca, mostrenca, de la prosa habitual hoy en nuestros estudios humanísticos, destaca y se exceptúa Fernando Lázaro Carreter.

Fernando Lázaro es tan claro y preciso como el que más. Pero además escribe estupendamente. A la claridad y precisión se unen la selección y la elegancia. Y también una ajustada adecuación a la argumentación desarrollada y al tema tratado. Maneja como nadie el «decorum» estilístico.

Pues bien: esta facilidad y elegancia de exposición son armas eficacísimas en la producción de Lázaro dirigida al gran público no especialista.

Porque es algo que hay que decir: hay en Lázaro el sabio investigador, el estudioso profundo y perspicaz de los problemas de nuestra lengua y de nuestra literatura.

Todo ello en grado eminente. Pero hay también el educador de un público mucho más amplio.

Fernando Lázaro lo ha sido y lo es —educador— en varias parcelas de su actividad.

A) Educador de la sensibilidad y del gusto con sus artículos de crítica teatral. La gente entiende hoy de teatro más que antes gracias a aquella columna semanal (hoy, desgraciadamente, interrumpida).

De una parte, encontraba en ella un juicio certero sobre la obra y la representación de que se trataba. La consideraba con razón una guía segura. Y de otra, lo que es más importante, se familiarizaba con unos criterios y unos modos de apreciar.

Lázaro ha sabido tratar de los problemas del teatro —y de su estética— con altura y rigor. Pero al mismo tiempo, con habilidad exquisita, los hacía comprensibles para casi todos. Y eso sin bajarse al público lector, sino haciendo que éste subiera hacia él. En este sentido, en cuanto que ha mejorado el nivel cultural de sus lectores, le he llamado educador del público aficionado (y no aficionado) al teatro.

B) El otro aspecto de Fernando Lázaro educador del público tiene un título: «El dardo en la palabra».

Se trata, como sabemos todos, de breves y magistrales artículos —publicados simultáneamente en decenas de periódicos de España y América— en cada uno de los cuales reprende algún vicio de expresión de los muchos que hoy padecemos.

Títulos como «Santuario», «El Dequeísmo», o «Jugar un papel» (por citar algunos ya clásicos) son casos, entre muchos, en que el dardo ha dado en la diana.

Hace años discurríamos Fernando Lázaro y yo sobre la trascendencia social de la columna «lingüística» del diario parisino *Le Monde*, y de la urgencia de algo semejante en la prensa española.

No temo afirmar que los artículos de Fernando Lázaro son de más altura y calidad que los del periódico francés. Y quizá también más necesarios, dado el bajísimo nivel cultural que se aprecia en la expresión de muchos de nuestros políticos y de los medios de comunicación social, desde la televisión y la radio hasta los periódicos.

Si hoy oímos y leemos «*es sólo una cuestión semántica*», con el sentido de «es sólo cuestión de palabras»; o bien «*la saga de los Pérez*», con el sentido de «la familia de los Pérez»; o bien «*este área*», en lugar de «esta área», es que las cosas van bastante mal en el uso de nuestra lengua.

Y observen Vds. que no es el mismo caso de la criadita que decía *cocreta* por *croqueta*. Ella lo decía porque se imaginaba que debía decirse así, y no conocía además otro término. Pero nuestros tribunos e informadores de hoy dicen esas cosas (*cuestión semántica*, etc.) cuando quieren ponerse «finos». *Una cuestión semántica* les parece algo sonoro y distinguido.

Solamente, es que no saben lo que dicen. Es peor que si dijeran *bacalado* y *Bilbado* (porque ahí, al menos, sabían lo que decían). Y hay, sí, arrogancia y deseo de lucirse. Pero sobre todo hay ignorancia. Y es bien triste.

«El dardo en la palabra» es un instrumento eficaz contra estas barbaridades. Y debemos estarle agradecidos por esta lucha suya en favor de la lengua de todos.

Su preocupación por la lengua de la prensa escrita se plasma en el *Manual de estilo* (1978), destinado a los periodistas

de la Agencia EFE (la agencia de noticias más importante del ámbito hispánico), que, además, influye en la lengua escrita general: tras convertirse, con cambio de título (*Manual de español urgente*, Madrid, Cátedra, 1985), en obra venal, son muchos los españoles —escritores y no escritores— que lo utilizan para mejorar su estilo en el lenguaje escrito.

La misma intención didáctica, más específica aún si cabe, tienen sus manuales para la enseñanza media, de enorme influencia en la formación lingüística y literaria de los estudiantes, ya que son los más vendidos en España.

Perdonen ustedes que me haya referido a aspectos no estrictamente científicos de su obra. Si lo he hecho es porque resulta muy poco frecuente —incluso raro— que un científico de gran talla sea al propio tiempo educador del gran público, es decir, que su influjo rebase con mucho el ámbito de los especialistas.

Pero por supuesto el fundamento del galardón que hoy recibe, lo que le ha hecho acreedor a él, es una obra científica que, aparte de su calidad, ha sido decisiva para la orientación y el enriquecimiento de los estudios lingüísticos y literarios en España.

Buena parte de la labor de Fernando Lázaro Carreter ha consistido en abrir caminos antes no transitados en nuestro país. Al afirmarlo, pienso en algunas de las obras que se le deben. Su primer libro (*Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, 1949) carece de precedentes: es el primer trabajo científico sobre la historia de las ideas lingüísticas en España. Y hoy, 45 años después, no contamos todavía con un estudio que se le pueda comparar en este ámbito. El *Diccionario de términos filológicos* (1.ª edición, 1953) es el primero de su clase en España, y tampoco igualado hasta la fecha. Lo mismo puede decirse de *Cómo se comenta un texto literario*, tantas veces reeditado, y de la edición de *La vida del Buscón*, de Quevedo (1965), primera edición crítica de un texto literario clásico en España.

El pasar revista a su obra requeriría mucho tiempo, y aquí estoy casi rebasando el que me ha sido concedido. Cabe

solamente aludir a distintos grupos de estudios en que parece articularse su producción científica.

Los de asunto lingüístico están en minoría. Son más de una veintena de trabajos de tema muy variado. De ellos, importa destacar los de orientación total o parcialmente generativa. «Transformaciones nominales y diccionario» (REL, 1971), «Sintaxis y semántica» (REL, 1974), «El problema del artículo en español» (Homenaje a Rodríguez Moñino, 1974) o «Sobre la pasiva en español» (Homenaje al Instituto de Filología Dr. Amado Alonso, 1975), aparte de ser contribuciones muy importantes sobre los temas respectivos, coadyuvaron decisivamente a la difusión en España de esta orientación teórica. Y, en armonía con ello, se constituyó alrededor de Lázaro, en la Cátedra de Lengua Española de la Universidad Autónoma de Madrid, un grupo de jóvenes y excelentes lingüistas que hacían gramática generativa con calidad, la mejor que se hacía en España.

A caballo de los campos lingüístico y literario se sitúan los trabajos de Fernando Lázaro sobre el lenguaje literal, es decir —son palabras suyas— el «empleado en comunicaciones que deben ser descifradas en sus propios términos y que así deben conservarse». Es un tema que le ha apasionado, y que le ha servido para abrir brecha en uno de los problemas más trascendentales y debatidos: la hasta ahora inalcanzada definición de la lengua literaria. La contribución suya en este campo bastaría —ella sola— para que se le considerase con justicia pensador y estudioso insigne de nuestras disciplinas.

Pero la mayor parte de su producción la constituyen estudios de crítica literaria, algunos sobre autores extranjeros, pero la mayoría sobre autores y temas de literatura española.

Prácticamente se extienden a todos los géneros y épocas. Y en cada caso, sus contribuciones son importantes y magistrales. E imprescindibles.

Sin tener en cuenta sus trabajos no pueden estudiarse hoy ni el «modus interpretandi» alfonsí, es decir, la creación de la prosa castellana, ni el teatro medieval, ni la Poética de arte mayor, ni la constitución y desarrollo del tipo celestinesco, por poner algunos ejemplos de la época medieval.

En los siglos XVI y XVII, apenas hay tema o autor importante de que no se haya ocupado. Por Lázaro ha de pasarse necesariamente para estudiar la lírica del siglo XVI (Garcilaso, Fray Luis, Herrera), la novela picaresca en conjunto, y en particular el *Lazarillo* (de su libro sobre el *Lazarillo* ha dicho Ricardo Gullón que es el mejor estudio de crítica literaria en el siglo XX), el teatro y la lírica de Lope, Góngora y el culteranismo, Quevedo, la poética conceptista, y tantos y tantos temas en que ha hecho avanzar la comprensión y el conocimiento.

Y son también importantes y numerosas sus contribuciones sobre la literatura del siglo XVIII y la del siglo XX. Lástima que no quede ya tiempo ni de poner ejemplos.

Y por último, como colofón y cúspide, su inapreciable contribución a la teoría de la literatura y a la Poética. Estudios como «El realismo como concepto crítico-literario» (1969), «Función poética y verso libre» (1972), «Sobre el género literario» (1974). «Consideraciones sobre la lengua literaria» (1974), «Lenguaje y creatividad poética» (1984) son, entre otros, estudios decisivos para cada uno de los temas que le han ocupado. Como escribió María Antonia Martín Zorraquino en su reseña al libro *Estudios de Poética* (1976), Fernando Lázaro es nuestro primer maestro de teoría literaria.

Una obra impresionante por su extensión y por su calidad. Vendrían a cuento muchos adjetivos elogiosos, y nunca se exageraría su importancia.

En palabras de Eulalio Ferrer, generosísimo patrocinador de este Premio, Lázaro es digno heredero de la labor de Menéndez Pelayo. No es fácil pensar en un elogio mayor.

Y un último punto, Fernando Lázaro, aparte de Catedrático Emérito de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, es miembro de número de la Real Academia Española, y cumple de manera ejemplar con el lema —limpia, fija y da esplendor— que figura en el escudo académico.

Es además hoy el Director de la Academia y, desde tan alta dignidad, como ha destacado el jurado que le ha concedido el premio, ha trabajado en la «búsqueda de la unidad del es-

pañol en estrecha colaboración con las academias hispanoamericanas».

Pueden aplicarse aquí las palabras con que Dámaso Alonso, maestro común de Fernando Lázaro, mío y de muchos otros, abría la «Dedicatoria» de *Serta Philologica*, la colección de estudios en homenaje a nuestro protagonista de hoy: «Esta obra de Homenaje pertenece, en mi sentir, a la máxima justicia, porque seguramente no hay en el momento actual un hecho que pueda ser preferible».

Termino por donde empecé. Honrando a Fernando Lázaro Carreter, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo se honra a sí misma. Difícilmente se encontrará un premio más justificado. ¡Muchas gracias!

FÉLIX MONGE